

## Abre la boca

Don Manuel me habla de la misma manera que cuando estudiaba ahí y me pillaba fumando. En la pared de su oficina hay un crucifijo de madera de pino y una foto del fundador de la congregación; sobre el escritorio, una pantalla de computador antigua y una foto de cinco niñas vestidas iguales, que podrían ser sus nietas. En sus manos tiene un denario que mueve entre los dedos.

—A pesar de tener las mejores notas del curso, Clemente no tiene amigos, participa poco en clases y tiene comportamientos que nos parecen preocupantes.

—Es esperable. Mi mujer nos abandonó —lo interrumpo.

—A Clemente le hacen *bullying*. Desde que empezó el semestre se obsesionó con Matías Ovalle, lo persigue a todas partes. Matías lo golpeó cuando Clemente lo acorraló para darle un beso. Desde entonces sus compañeros no paran de molestarlo. Decidí contarle a usted y no a María de los Ángeles —pronuncia el nombre de mi ex mujer con una familiaridad que encuentro invasiva—, porque estas cosas es mejor tratarlas entre hombres. El padre de Matías está furioso y quiere que expulsemos a Clemente. Clemente es un alumno excepcional y vamos a hacer lo que sea para retenerlo —deja el denario de lado por unos segundos y apoya los codos en el escritorio con las manos cruzadas—. Pero usted tiene que poner de su parte. Ahora el neurólogo le va a entregar una serie de indicaciones y es necesario que las siga. Si notamos algún cambio positivo, podremos sacar adelante a su hijo, evitar que se vaya por un camino que nadie quiere que siga.

Los galpones donde estaban las salas de clases en mi época habían sido reemplazados por cuatro edificios modernos, de tres pisos,

dispuestos como los dedos de una mano. También habían desaparecido los jardines con parterres de flores y árboles añosos, donde en los recreos me gustaba echarme a mirar el cielo y respirar el aire de la primavera. Se oye a lo lejos gritos de niños jugando y regadores. Hay olor a flores, a pasto cortado. Un grupo de alumnos practica rugby. Sus pieles morenas contrastan con el uniforme deportivo amarillo. Sus movimientos son afectados, tiesos, demasiado erguidos, como si fueran supervisados por una institutriz inglesa invisible. Pienso en esos colegios británicos para aristócratas bengalíes de fines del siglo XIX.

El neurólogo me hace señas para que lo espere, mientras Clemente guarda sus cosas en la mochila.

—Es importante que Clemente tenga autitos y trenes, esa clase de juguetes. Estimule las ropas de colores apagados y varoniles, como el azul marino o el gris. Trate de evitar que se junte con sus primas mujeres: una sexualidad sana es una conquista de cada día. Además, tenemos que luchar contra la influencia de los medios de comunicación, que ensucian las mentes de nuestros niños: vigile los programas que ve en la televisión, porque están llenos de tentaciones, sobre todo para un niño tan curioso como Clemente. Como decía el Fundador: “Satanás se viste de colores brillantes”. Necesitamos de su colaboración, sobre todo ahora que la madre no se encuentra presente. Es muy importante que Clemente se tome los remedios.

En el camino de vuelta, Clemente me pregunta por qué hay cables en las calles. Le digo que llevan electricidad a las casas para que podamos enchufar aparatos. Me pregunta por qué afuera de nuestra casa no hay; le digo que ahí los cables van bajo tierra.

—¿Y por qué aquí no están también bajo tierra?

—Es caro enterrarlos.

—¡Son feísimos!

Le digo que no hable con esa voz estridente de monitos de televisión, que sabe que me molesta.

—¡Ahí hay un McDonald's! —grita, ignorando lo que acabo de decir.

Le pregunto si tiene hambre. Me dice que sí con la cabeza.  
Mientras sorbe con ruido la bebida, noto cuánto se parece a mí a esa edad.

—Papá, ¿estás enojado?

—¿Por qué iba a estar enojado?

—Porque me porté mal en el colegio.

—¿Le hablas con la misma voz de niñita a tus profesores?

—¡Todos están aprendiendo a leer y yo ya sé leer!

—¿Quiénes son tus amigos en el colegio?

—A veces juego con la Tita.

—No tienes ninguna compañera que se llame así. ¡No tienes ninguna compañera!

—¡Mis compañeros son tontos!

Volvemos a la casa cuando el sol ya se ha puesto.

\*

Gregorio llegó al colegio cuando estábamos en segundo medio y nunca se integró completamente, siempre fue “el nuevo”. Se sentaba delante de mí. Su casa estaba en el barrio Bellavista, entre las rocas del cerro. Decía que la había construido su abuelo en los años treinta, cuando había llegado a Chile escapando de Mussolini. Por fuera, la casa era un paralelepípedo ocre con uno de sus lados terminados en punta, por donde subía una gran escalera de piedra hacia una terraza que ocupaba todo el techo. Ahí había una parrilla oxidada cubierta de caca de pájaro, unas sillas destartaladas, restos de juguetes y trozos de cemento de la losa que, con los años, se había quebrado.

Por dentro, en cambio, la casa tenía innumerables recovecos, esquinas perdidas, espacios vacíos y extraños. Los niveles estaban dispuestos como terraplenes superpuestos, comunicados por escaleras cortas y anchas, o largas y angostas. Algunos pisos estaban cubiertos de listones delgados de maderas exóticas, otros por gruesas alfombras con diseños geométricos. Cada pared tenía anaqueles con libros o

cuadros modernos de pintores italianos que jamás había escuchado, y cuyos nombres Gregorio utilizaba para dar referencias dentro de la casa: “El libro que buscas está en la biblioteca, al lado del Bignami”. O: “Van a servir el té en la sala del Longaretti”.

En el jardín, la piscina era un círculo profundo de veinte metros de diámetro, rodeada de cuatro esculturas de mármol. El borde, de piedra blanca, bajaba en una serie de círculos concéntricos en el que había incrustados mosaicos con escenas del *Inferno*. En el último de los círculos, al fondo de la piscina, estaba enterrada de la cintura hacia abajo una estatua de Satanás; yo me preguntaba cómo harían para limpiar la piscina entre los recovecos de sus tres caras y alas de murciélago.

En esa época estaba leyendo a Borges y recuerdo haber pensado: “esta casa fue construida por un loco o un dios”. El mismo Gregorio me parecía un dios. Alto, el pelo rizado de color castaño, los ojos verdes y la voz aguda y afectada; siempre tostado por el sol. Sus músculos amplificados bajo el agua, las venas en los brazos, los pelillos rubios casi transparentes que se le erizaban con el frío, el corto traje de baño amarillo que dejaba ver el inicio de sus glúteos en la base de la espalda. A mí me daba vergüenza mi cuerpo blanco y débil, mi espalda roja de erupciones y espinillas. Me cubría cada vez que una nana silenciosa y vieja traía jugos de fruta naturales y unos pastelitos redondos, rellenos de crema y pistachos que no he vuelto a probar.

Los padres nunca estaban. Los comparaba con los míos, que me preguntaban siempre qué hacía, con quién me juntaba, cuántas veces había ido a misa en la semana, si había comulgado o me había confesado. Vamos a tener que averiguar más de los papás de ese niño Gregorio: ¿por qué nunca los vemos en las reuniones de curso?, decía mi madre. Ni mis amigos ni mis socios los conocen, decía mi padre con su seguridad recién adquirida, junto con su fortuna y su religiosidad.

Recuerdo una vez que Gregorio, con una risa ligera, me lanzó en la cara su camiseta sucia y noté, con sorpresa, que tenía olor a madera, cuero y almizcle. Quise robarme esa camiseta —sin que se diera

cuenta—, para olerla cuando estuviera solo. En clases me tocaba la espalda con la parte de atrás de un lápiz, recorriendo de arriba a abajo con movimientos delicados que me producían una sensación de placer en la base de la nuca, mis pelos erizados, mis músculos apretados. En esos momentos solo quería que se acabaran las clases para ir a su casa. Añoraba esas tardes de relax, sol y piscina en que, echados en las reposeras o en el pasto, nuestras cabezas casi se tocaban y su pelo acariciaba mis orejas y mi cuello; su olor llegaba a mi nariz en suaves oleadas traídas por el viento. Recuerdo el momento exacto en que comencé a necesitar estar cerca de él.

Cuando el sol bajaba, subíamos al desván del quinto piso. Ahí, junto a Gregorio, en ese espacio enorme, oscuro y vacío, fumé mi primer cigarro y vi mi primera revista porno: aún recuerdo la excitación de que nadie nos descubriría, sin importar lo que hiciéramos. Lejos, por primera vez, del juicio de los otros; la sensación de seguridad, el vértigo. Ese lugar parecía fuera del mundo en que vivía, como si un dedo gigante lo tapara de la vista de Dios, de nuestros compañeros o de mis padres.

Gregorio hojeaba sin ningún interés una revista donde una mujer besaba a otra.

—Siempre son minas entre sí, nunca hay dos hombres —se puso rojo y vio que me había dado cuenta—. Me voy a cambiar de colegio. Estoy chato, en el de antes no sentía vergüenza y podía decir cualquier cosa.

—A mí sí me podís decir esas cosas —sentí cómo la sangre me llenaba la cabeza.

—¿Te hai calentao alguna vez pensando en un hombre? —me preguntó sin ningún tapujo.

—No —mentí.

—Yo sí —sabía que no se refería a mí y sentí una especie de punzada. Ya me había dado cuenta de cómo Gregorio miraba a José Manuel Echaurren, el líder del curso: rubio, alto, atleta, popular—. No

sé qué chucha estaban pensando mis viejos cuando me cambiaron. Los profesores son pajeros, nuestros compañeros son deficientes mentales.

—Pero mis papás no me van a cambiar nunca. Aman el colegio —dije con una voz un poco más aguda que lo normal. Quería manipularlo, que se diera cuenta de que estaba enojado con él—. Tú siempre hacís lo que querís, estái acostumbrado a vivir en esta casa donde nadie te controla. Te importa una raja el resto.

Me tomó la cara entre sus manos y me miró fijo.

—Tú, en cambio, siempre hai sido un poco cobarde. Igual podríai abrir la boquita y decirles a tus viejos lo que pasa —luego soltó mi cara, suavizó el tono—. Sería bacán que nos fuéramos juntos a otro colegio.

—¡No puedo! —le dije entre sollozos.

\*

Un día, un compañero bajo y ronco, al que le decían “el Mosca”, me invitó —seguramente instigado por mis padres— a un concierto de una banda argentina de rock. Al principio dije que no, pero mi madre me obligó a ir. Incluso me forzó a ponerme una polera negra y unos jeans de mi hermano que me hacían sentir ridículo. En el concierto todo me asustaba: la gente, la música, las luces, la oscuridad y el ruido. Mis compañeros estaban en un corro alrededor de Echaurren. Decían que todos los fines de semana se agarraba a una mina distinta o se peleaba con alguien. Cuando llegué, fijó su atención por pocos segundos en mí: PÁ-SEN-LE-UNA-PIS-CO-LA-A-ES-TE-PO-BRE-WE-ÓN. Me tomé una y luego dos más. Me llegaban los gritos del grupo deformados por los bajos de la banda. Otro tipo dijo: E-LLAS-QUIE-REN-PURO, y cuando lo miré sin entender, repitió acompañando sus palabras de movimientos de cadera y muecas con la lengua: E-LLAS-QUIE-REN-RI-CO-RI-CO-DA-LE-VOS-DA-LE. Como interpretando el lenguaje de las pesadillas o de las bestias, no tenía un código al que aferrarme. Después de eso las cosas se volvieron difusas. El Mosca me arrastró al frente del escenario, donde toda la gente bailaba. Me

sentí flotando en el mar, como si abandonara en la orilla a mi *yo* antiguo, que a su vez miraba perplejo desde afuera, solo y asustado. Al final de la noche me estaba besando con una niña rubia, baja y un poco gordita, que tenía unas tetas enormes y gusto a chicle de menta, mientras mis nuevos amigos aplaudían a unos metros de distancia.

\*

Dejé de juntarme con Gregorio. Me daba vergüenza que mis nuevos amigos me vieran conversando con él, con su voz aguda y la manera exagerada con que movía los brazos. Él se volvió cada vez más retraído y distante. Pasaba las horas de clase mirando por la ventana con la vista perdida. Y durante los recreos se quedaba en la sala, dibujando o escribiendo en un cuaderno. Solo levantaba la cabeza cuando José Echaurren decía algo o salía a responder una pregunta a la pizarra. Yo me acordaba con nostalgia de la época en que iba a su casa. Quería tener el valor para que habláramos como lo hacíamos antes.

Un día de primavera del último año, justo antes de la hora de almuerzo, toda la clase comenzó a reírse sin parar. El Mosca, que a estas alturas era algo así como mi mejor amigo, me dio un golpe en la cabeza para que viera lo que estaba pasando. Gregorio, armado de valor, se había acercado a hablar con José Echaurren.

—¡El maricón quiere que vaya con él al cine! ¿Me vai a traer flores también, conchetumadre? ¿O querís que caminemos de la mano, maricón culiao?

Gregorio lloraba en silencio con la cabeza gacha. No fui capaz de decir nada. Tampoco le hablé después, cuando todos se habían ido a almorzar y se quedó solo en el banco.

En la tarde, cuando las clases se habían terminado, el Mosca vino excitado a buscarme:

—¡Le están pegando al maricón en la bodega de las canchas!

Se me apretó el estómago y corrí lo más rápido que pude. La bodega estaba retirada en una esquina del colegio y se usaba para guardar

pupitres, sillas destartadas y colchonetas viejas de gimnasia donde nos escondíamos a fumar. A mí me gustaba, porque me recordaba el desván de la casa de Gregorio.

—¿QUÉ-DI-JIS-TE-FLE-TO-CU-LIA-O?

A Gregorio lo tenían de pie contra una pared, con los pantalones abajo. Dos compañeros lo sostenían del cuello y le hacían llaves en los brazos, mientras le daban golpes en las costillas. Echaurren gritaba con una escoba en la mano: era como si la voz de las pesadillas estuviera profanando algo muy íntimo, como si me estuvieran violando a mí.

—¡A-HO-RA-VA-MOS-A-VER-SI-TE-GUS-TA-CON-CHE-TU-MA-DRE!

Pensé que lo iba a golpear con la escoba, pero en vez de eso escupió en el mango y lo penetró. Gregorio gritaba de dolor, intentando zafarse. Oí el ruido de su camisa siendo desgarrada. Al principio el grupo se quedó en silencio, hasta que comenzaron a gritar desaforados:

—¡MÁS-FUER-TE-MÁS-FUER-TE!

Echaurren se acercó y le gritó al oído.

—¡TE-GUS-TA-DI-QUE-TE-GUS-TA!

Sacó el palo. Lo acercó a la cara de Gregorio y se lo pasó por la mejilla y la boca con una meticulosidad científica.

—¡ABRE LA BOCA!

Gregorio permanecía con los labios apretados.

—¡ABRE LA BOCA! —repitió Echaurren, mientras otro compañero le hacía una llave en el brazo. Gregorio abrió la boca llorando, desesperado. Vi por unos minutos la cara de excitación de Echaurren. Disfrutaba el momento.

El grupo gritaba como si estuvieran en un carnaval.

—EL-FLE-TO-CU-LO-GUS-TA-RI-CO-RI-CO.

Gregorio lloraba acurrucado en el suelo, sin pantalones, la camisa rota, la cara embadurnada de mierda.

No volvió al día siguiente, ni el resto de la semana. Nunca más lo volví a ver.

Clemente aparece antes de irse a la cama y enciende las luces del living. Lleva en sus brazos una muñeca de plástico.

—Papá, no quiero ir mañana al colegio.

—¿Cómo? ¿A dónde quieres ir?

—Donde la mamá.

Lo miro con rabia, sé que lo hace a propósito. Le pregunto de dónde ha sacado esa muñeca horrible y me responde que no es una muñeca, que se llama Tita y que no hable mal de ella porque me puede escuchar.

—¿Te la dio tu mamá? —levanto la voz.

—Me la dio la Marce.

Voy a la pieza de la empleada con Clemente del brazo.

—Marcela, por favor no le vuelva a traer muñecas a Clemente —le digo, casi gritando.

—Disculpas, don Martín —me responde—. El Clemente me las pide y no sé decirle que no.

—¡Clemente! No puedes jugar con eso, mañana vamos a comprar pelotas y camiones.

Me mira con lágrimas en los ojos y cara de pena. No me voy a dejar manipular. Encima del mesón de la cocina hay unas tijeras de podar. Las tomo con rabia y desmiembro a la muñeca: piernitas y bracitos de plástico que caen en el suelo de cerámica con un sonido apagado.

La empleada se lleva las manos a la boca y da un grito. Clemente se aprovecha de eso y se pone a berrear, primero despacio y luego más fuerte, en una pataleta incontrolable. Lo sacudo del brazo para que se calle, mientras la empleada recoge los pedazos de la muñeca y los bota a la basura. La miro con odio, es culpa de ella. Clemente grita como un loco. Quiero llamar a mi madre para que me ayude, pero está fuera de Santiago. Me acuerdo de los remedios que le recetó el neurólogo y los voy a buscar al auto.

—¡No quiero! —me dice entre sollozos.

—TE-LOS-VAS-A-TO-MAR-A-HO-RA—le grito zarandeándolo.

La voz de las pesadillas es la única que sale de mi boca. Apenas puedo controlar mi fuerza: si tirara un poco más, me quedaría con su bracito en la mano. Me siento poderoso. Me mira asustado. Quiero abrazarlo, quiero pedirle perdón, decirle que no tiene que ir a ese colegio horrible, que no tiene que tomarse el remedio, que todo va a estar bien, que todo va a mejorar.

—¡A-BRE-LA-BO-CA!